

¿Cuándo seré digna della, y cuándo te bendeciré como debo?

2. Ofrece. Yo te ofrezco, ó mi amado Criador, todas estas mismas aficiones y resoluciones con toda mi alma y todo mi corazón.

3. Ruega. Yo te suplico, ó Dios, tengas por bien de aceptar mis deseos y votos, y dar tu santa bendición á mi alma para que los pueda cumplir, por el mérito de la sangre de tu Hijo, derramada en la cruz, etc.

Haz el ramillete de la devoción.

CAPITULO XI.

Meditación III. — De los beneficios de Dios.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES.

1. Considera las gracias corporales que Dios te ha dado, qué cuerpo, qué comodidades para entretenerle, qué salud, qué consolaciones, qué amigos, qué asistencias; pero considéralo con una comparación de tantas otras personas que valen más que tú, las cuales carecen de estos beneficios. Los unos gastados de cuerpo, de salud y miembros; los otros puestos á la merced de los oprobios, del menosprecio y de la deshonra; los otros rematados de pobreza, y Dios no ha querido que tú fueses tan miserable.

2. Considera los dones del espíritu: cuántos hombres hay en el mundo torpes, rabiosos, insensatos, y por qué no eres tú del número dellos. ¿Hate favorecido Dios? ¿Cuántos hay que han sido criados rústicamente y en una extrema ignorancia; y la divina Providencia te ha dado una honrada y civil crianza!

3. Considera las gracias espirituales, ó Filotea. Tú eres de los hijos de la Iglesia; Dios te ha enseñado su conocimiento desde tu juventud. ¿Cuántas veces te ha dado sus sacramentos! ¿Cuántas veces inspiraciones, luces interiores, reprehensiones para tu enmienda! ¿Cuántas veces te ha perdonado tus faltas! ¿Cuántas veces librádote de las ocasiones á que, en tu ruina y perdición, estabas expuesta! Y los años pasados ¿no han sido ellos un espacio y comodidad para adelantarte en el bien de tu alma? Mira un poco por lo menudo cuán dulce y propicio te ha sido Dios.

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

1. Maravíllate la bondad de Dios. ¡Oh que mi Dios es bueno para conmigo! Oh que es bueno! Oh que tu corazón, Señor, es rico de misericordia y liberal con mansedumbre! O mi alma, contemos para siempre cuántas gracias nos ha hecho.

2. Maravíllate de tu ingratitud. Pero ¿qué cosa soy yo, Señor, que tú hayas tenido memoria de mí? ¡Oh que mi indignidad es grande! ¡Ay de mí, que yo he atropellado tus beneficios, yo he deshonrado tus gracias convirtiéndolas en abuso y menosprecio de tu soberana bondad! Yo he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia y favor.

3. Despiértate en el reconocimiento. Ea pues, ó mi corazón: no quieras ser más infiel, ingrato y desleal á

ese gran bienhechor. Y ¿cómo, alma mía, no serás tú desde hoy sujeta á Dios, que ha hecho tantas maravillas y gracias en mí y por mí?

Retira pues, Filotea, tu cuerpo de tales y tales voluntades; sujétale al servicio de Dios, que ha hecho tanto por él; aplica tu alma para conocerle y reconocerle con tales y tales ejercicios que para ello se requieren. Emplea con mucho cuidado los medios que la Iglesia tiene para salvarte. Yo amaré á Dios, sí; yo frecuentaré la oración, los sacramentos: yo oíré la santa palabra, yo practicaré las inspiraciones y los consejos.

CONCLUSION.

1. Agradece á Dios el conocimiento que ahora te ha dado de tu deber y de todos los beneficios que ya has recibido.

2. Ofrecele tu alma con todas tus resoluciones.

3. Ruégale que te fortalezca para practicarlas fielmente por el mérito de la muerte de su Hijo; implora la intercesión de la Virgen y de los santos. *Pater noster. Ave Maria.*

Haz el ramillete espiritual.

CAPITULO XII.

Meditación IV. — De los pecados.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

CONSIDERACIONES.

1. Piensa cuánto há que comenzaste á pecar, y mira cuánto se han multiplicado los pecados en tu corazón desde ese primer principio, y cómo todos los días los has ido acrecentando contra Dios, contra tí misma, contra tu prójimo, por obra, por palabra, por deseo y pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y cómo las has seguido; y por esos dos puntos verás que las culpas son en mayor número que los cabellos de tu cabeza y aun el arena de la mar.

3. Considera aparte el pecado de la ingratitud para con Dios, que es un pecado general, que se extiende y dilata por todos los otros, y los hace muy más inormes. Mira pues cuántos beneficios te ha hecho Dios, y que de todos ellos has abusado contra él, que te lo dió; particularmente cuántas inspiraciones menospreciadas, cuántos buenos movimientos hechos inútiles; y sobre todo, cuántas veces has recibido los sacramentos, y dónde están los frutos dello. ¿Qué se han hecho esas preciosas joyas con que tu querido esposo te había heroseado? Todo lo han cubierto tus iniquidades. ¿Con qué preparación las has tu recibido? Revuelve esta ingratitud en tu pensamiento, que habiendo Dios corrido tanto tras tí para salvarte, siempre le has huido el cuerpo para perderle.

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

1. Confúndete en tu miseria. ¡O mi Dios! ¿cómo me atrevo á parecer delante de tus ojos? ¡Ay de mí! yo no soy otra cosa que una postema del mundo y un remate de ingratitud é iniquidad. ¿Es posible que yo

haya sido tan desleal, que siquiera uno de mis sentidos ni una de las potencias de mi alma no he dejado que no haya gastado, violado y ensuciado; y que no se ha pasado un solo día que no haya producido tan depravados efectos? ¿Es este el cambio con que yo debía pagar los beneficios de mi Criador y la sangre de mi Redentor?

2. Pide perdón, y arrójate á los piés del Señor como un Hijo pródigo, como una Madalena, como una mujer que con todas suertes de adulterios ha manchado el lecho de su matrimonio. ¡O Señor! misericordia sobre esta pecadora. ¡Ay de mí! ¡O vivo manantial de compasión! ten piedad desta miserable.

3. Propon de mejorar tu vida. ¡O Señor! nunca más, mediante tu gracia; no, nunca me arrojaré más al pecado. ¡Ay de mí, que no he hecho otra cosa sino amarle demasiado! Yo le abomino, y te abrazo, o Padre de misericordia. Yo quiero vivir y morir en tí.

4. Para borrar los pecados pasados me acusaré animosamente dellos, sin que quede alguno que no despidas y lance de mí.

5. Yo pondré lo último de mis fuerzas para desarraigar enteramente de mi corazón las plantas dellos, particularmente de tales y tales que más me enfadan.

6. Y para lo hacer, abrazaré con mucha constancia los medios que me fueren aconsejados, pareciéndome que jamás podré cumplir para reparar tan grandes faltas.

CONCLUSION.

1. Agradece á Dios que te ha esperado hasta la hora presente y te ha dado estas buenas aficiones.

2. Hazle ofrenda de tu corazón para efectuallas.

3. Ruégale que te fortifique, etc.

CAPITULO XIII.

Meditación V. — De la muerte.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Pídele su gracia.
3. Imagina que estás en la cama enfermo, y sin esperanza ninguna de escapar de la muerte.

CONSIDERACIONES.

1. Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡O alma mía! un día has de salir deste cuerpo, ¿cuándo será? ¿Será en invierno ó en verano? ¿en la villa ó en la aldea? ¿de día ú de noche? ¿será de repente ó con aviso? ¿será de enfermedad ú de accidente? ¿tendrás tiempo para confesarte ó no? ¿asistirás tu confesor y padre espiritual? ¡Ay de mí, alma mía, que de todo esto no sabemos nada! Solo es seguro que moriremos, y que siempre es más presto de lo que pensamos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para contigo, que no tendrá más para tí, que volverá lo de arriba abajo delante de tus ojos; porque entonces los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, se nos representarán como nubes y fantasmas. ¡Ah pobre de mí, y por qué juguetes y quimeras he ofendido á mi Dios, pues le he dejado por nada! Al contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces tan dulces y dignas de desearse. ¡Ay de mí!

¿por qué no he seguído este hermoso y agradable camino? Entonces los pecados que parecían pequeños te parecerán grandes como montañas, y pequeña tu devoción.

3. Considera las grandes y ansiosas despedidas que hará (1) tu alma deste mundo; despediráse de las riquezas, vanidades, de las vanas compañías, de los placeres y pasatiempos, de los amigos y vecinos, de los parientes y hijos, del marido y de la mujer, y de toda criatura, y al fin, de su cuerpo, el cual dejará amarillo, espantoso, deshecho, feo y hediondo.

4. Considera los embarazos que habrá para levantar este cuerpo y esconderle en tierra; y que hecho esto, el mundo no pensará más en tí, ni quedará más memoria que la poca que tú también de los otros hiciste. Dirán, cuando mucho: Dios le perdone. ¡Oh muerte, y cuán impetuosa y digna de consideración eres!

5. Considera que al salir del cuerpo el alma, toma su camino, ó á la derecha ó á la izquierda. ¡Ay de mí! ¿dónde irá la tuya? ¿qué camino tendrá? No otro sino aquel que hubiere merecido en este mundo.

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

1. Ruégale á Dios y échate entre sus brazos. ¡Ay de mí, Señor! recíbeme en tu protección en aquel día espantoso. Alcance yo aquella hora dichosa y favorable, aunque todas las otras de mi vida me sean afligidas y tristes.

2. Menosprecia el mundo. Pues no sé la hora en la cual tengo de dejarte, ó mundo, no quiero abrazarme contigo; y vosotros, caros amigos y amados parientes, permitidme que no os tenga más afición sino la de una santa amistad, la cual pueda durar eternamente; porque ¿de qué servirá unirme con vosotros de suerte que sea (2) necesario deshacer y romper la tal atadura?

3. Quiero prepararme desde ahora, y tomar el cuidado importante para hacer este camino dichosamente; quiero asegurar el estado de mi conciencia con todas veras, y poner orden en tales y tales faltas.

CONCLUSION.

Da gracias á Dios por esta resolución que te ha dado; ofrécela á su divina Majestad, ruégala de nuevo te dé una dichosa muerte por el merecimiento de la de su precioso Hijo. Implora la ayuda de la Virgen y de los santos. *Pater noster. Ave Maria.*

CAPITULO XIV.

Meditación VI. — Del juicio.

PREPARACION.

1. Ponte delante de Dios.
2. Suplicale que te inspire.

CONSIDERACIONES.

1. En fin, después del tiempo que Dios ha señalado al curso deste mundo, y después de una cantidad de señales y presagios horribles, por los cuales los hombres temblarán de miedo y espanto, viniendo el fuego como un diluvio, quemará y reducirá en ceniza toda la superficie de la tierra, sin reservar ninguna de las cosas que sobre ella había.

(1) tu mal deste mundo; (Edición original.)

(2) necesaria (Id.)

2. Despues deste diluvio de llamas y rayos, todos los hombres resucitarán de la tierra (fuera de aquellos que han ya resucitado), y á la voz del arcángel se juntarán en el valle de Josafat. Mas ¡ay, y con cuánta diferencia! porque los unos estarán en cuerpos gloriosos y resplandecientes, y los otros en cuerpos hediondos y horribles.

3. Considera la majestad con que se mostrará el soberano Juez, rodeado de todos los ángeles y santos, delante de sí la cruz, más resplandeciente que el mismo sol, cierta señal de gracia para los buenos y de rigor para los malos.

4. Este soberano Juez (por su justo mandamiento, el cual será luego ejecutado) separará los buenos de los malos, poniendo los unos á su diestra, y los otros á su siniestra; separacion eterna, despues de la cual nunca más estas dos compañías tornarán á juntarse.

5. Hecha esta separacion, y abiertos los libros de las conciencias, se verá claramente la malicia de los malos, y el menosprecio de que han usado para con su Dios. Asimismo se verá la penitencia de los buenos, y los efectos de la gracia de Dios que han recibido; y ninguna cosa será escondida. ¡O Dios! ¡qué confusion será para los unos, y qué consuelo para los otros!

6. Considera la última sentencia de los malos: «Andad, malditos, al fuego eterno, aparejado para el demonio y sus compañeros.» Piensa estas tan pesadas palabras: *Andad* dice, que es un mote de perpétuo desamparo, del cual usa Dios con tales desventurados, desterrándolos para siempre de su cara. Llámalos *malditos*. ¡O alma mia! ¿qué maldicion es esta? Maldicion general, que comprehende todos los malos; maldicion irrevocable, que comprehende todos los tiempos y la eternidad, juntando con todo esto el fuego eterno. Considera pues, ó corazon mio, esta eternidad inmensa. ¡O perpétua eternidad de penas, y cuán espantosa eres!

7. Considera la sentencia contraria de los buenos: «Venid,» dice el Juez (palabra agradable y de salud, por la cual Dios nos tira á sí y nos recibe en el seno de su bondad), «benditos de mi Padre» (¡O amada bendicion, que comprende toda bendicion!), «poseed el reino que os está aparejado desde la constitucion del mundo.» ¡Oh Dios, y qué gracia! porque este reino no tendrá jamás fin.

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

1. Tiembla, ó alma mia, con esta memoria. Dios mio, ¿quién me podrá asegurar para este dia, en el cual las columnas del cielo temblarán de espanto?

2. Detesta y abomina tus pecados, pues solos ellos pueden hacer te pierdas en este espantoso dia.

Quiero juzgarme á mí mismo porque no sea juzgado; quiero examinar mi conciencia, condenarme, acusarme y corregirme, porque el soberano Juez no me condene en aquel terrible dia. Confesaréme pues, y recibiré los avisos necesarios, etc.

CONCLUSION.

Da gracias á Dios que te dió medio para asegurarte en este dia, y tiempo para hacer penitencia; ofrécele tu corazon para mejor hacerla; ruégale que te dé la gracia para bien cumplirla. *Pater noster. Ave Maria.*

CAPITULO XV.

Meditacion VII.—Del infierno.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humillate y pidele su favor.
3. Imagina una villa tenebrosa toda ardiendo en azufre y pez, hedionda, llena de ciudadanos que no pueden salir della.

CONSIDERACIONES.

1. Los condenados están en el abismo infernal como en una desventurada villa, en la cual sufren tormentos indicibles en todos sus sentidos y en todos sus miembros, por cuanto así como han empleado todos sus sentidos y sus miembros en el pecado, así sufrirán en todos sus miembros y en todos sus sentidos las debidas penas al pecado. Los ojos, por su falsa y lasciva vista, sufrirán la horrible vision de los diablos y del infierno. Las orejas, por haberse deleitado con discursos viciosos, no oirán jamás sino llantos, lamentaciones y desesperaciones; y así los demás.

2. Fuera de todos estos tormentos, hay uno aun más grande, que es la privacion y pérdida de la gloria de Dios, al cual están ciertos no verán jamás.

Si Absalon halló que la privacion de la amigable cara de su padre David era más enojosa que su destierro, ¡ó Dios, y qué ansia será el verse para siempre privado de vuestra dulce y suave cara!

3. Considera sobre todo la eternidad destas penas, la cual sola consideracion hace el infierno insuportable. ¡Ay de mí! si una sola pulga en nuestra oreja, si la calor de una pequeña calentura nos hace una corta noche larga y enfadosa, ¡cuánto más espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos! Desta eternidad nacen la desesperacion eterna, la rabia y blasfemias infinitas.

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

Amedrenta tu alma con las palabras (1) de Isaías: «¡O alma mia! ¿podrías tú vivir eternamente en estas llamas perdurables, y en medio deste fuego eterno? ¿Quieres tú dejar á tu Dios para siempre?»

Confiesa que le has merecido muchas veces. De aquí adelante quiero tomar el contrario camino: ¿para qué tengo yo de bajar á este espantoso abismo?

Yo haré pues tal y tal esfuerzo para evitar el pecado, el cual solo me puede dar esta muerte eterna.

Da gracias, ofrece, ruega.

CAPITULO XVI.

Meditacion VIII.—Del paraíso.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Haz la invocacion.

CONSIDERACIONES.

1. Considera una hermosa y serena noche, y cuán agradable es ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas. Junta ahora esta hermosura con la de

(1) de Job: (La edicion original, reproduciendo una errata del ejemplar francés.)

CAPITULO XVII.

Meditacion IX.—A manera de eleccion del paraíso.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humillate delante del, rogando que te inspire.

CONSIDERACIONES.

Imagina que estás en una campaña sola con tu buen ángel, como estaba el joven Tobías yendo á Rages, y que te hace ver acá arriba el paraíso abierto, con los placeres representados en la meditacion que has hecho del paraíso; y despues por la parte inferior que te hace ver el infierno abierto, con todos los tormentos descritos en la meditacion del infierno. Figúrandote todo esto por imaginacion, y puesta de rodillas delante de tu buen ángel,

1. Considera que es verdaderísimo que estás en medio del paraíso y del infierno, y que el uno y el otro están abiertos para recibirte, segun la eleccion que hicieres.

2. Considera que la eleccion que del uno ó del otro se hace en este mundo, durará eternamente en el otro.

3. Y aunque el uno y el otro estén abiertos para recibirte, segun tú eligieres, por eso está Dios aparejado á darte, ó el uno por su justicia ó el otro por su misericordia. Desea pues con un entrañable deseo que aciertes á escoger el paraíso, y que tu buen ángel te ayude con todas sus fuerzas, ofreciéndote de la parte de Dios mil gracias y mil socorros para animarte á tal subida.

4. Desde lo más alto del cielo te está mirando Jesucristo con su acostumbrada mansedumbre, y amorosamente te está convidando. «Ven (ó amada alma mia) al reposo eterno entre los brazos de mi bondad, que te ha prevenido los inmortales regalos en la abundancia de su amor.» Mira con los interiores ojos la santa Virgen, que maternamente te está convidando: «Aliéntate, hija mia, no quieras despreciar los deseos de mi Hijo, ni tantos suspiros como yo doy por tí, inspirando juntamente con él tu eterna salud.» Mira los santos que te exhortan, y un millon de santas almas que amigablemente te convidan, no deseando sino ver un dia tu corazon junto al suyo para alabar á Dios para siempre. Tambien te aseguran que el camino del cielo no es tan trabajoso como el mundo te hace; antes te dicen: «Amiga muy amada, quien considera bien el camino de la devocion, por el cual nosotras hemos subido á tanta dicha, verá que hemos venido á estos regalos por regalos sin comparacion más suaves que los que el mundo vende por más preciosos.»

ELECCION.

1. O infierno, yo te abomino ahora y para siempre; abomino tus penas y tormentos, abomino tu infortunada y desventurada eternidad, y sobre todo, aquellas eternas blasfemias y maldiciones que eternamente fulminas contra mi Dios. Y volviendo mi corazon y mi alma de tu lado, ó paraíso hermoso, gloria eterna, felicidad perdurable, digo que ahora para siempre, y irrevocablemente, escojo la morada y asiento de tus sagrados y hermosos palacios y de tus santos y apeteci-

un hermoso dia, de suerte que la claridad del sol no te impida la vista de las estrellas ni de la luna, y despues di seguramente que toda esta hermosura junta es nada en comparacion de la excelencia del gran paraíso. ¡Cuán amigable y digno de deseo es este lugar dichoso, y cuán preciosa esta hermosa ciudad!

2. Considera la nobleza, la hermosura y la multitud de los ciudadanos y habitantes desta dichosa ciudad; los millones de millones de ángeles, de querubines y serafines; la compañía de apóstoles, de mártires, de confesores, de vírgenes y santas; la multitud es innumerable. ¡Cuán bienaventurada es esta dichosa compañía! El menor de todos es más hermoso á la vista que todo este mundo visible. ¡Qué gusto será el verlos todos! ¡O Dios mio, y cuán dichosos son! Siempre cantan el dulce canto del amor eterno, siempre gozan de una constante alegría; los unos á los otros se causan mil contenidos indicibles, y viven en el consuelo de una dichosa y indisoluble compañía.

3. Considera, en fin, el bien que tienen todos en gozar de Dios, el cual les gratifica para siempre con su amigable vista, por la cual derrama en sus corazones un abismo de regalos. ¡Qué bien tan grande es el estar para siempre unido á su principio! Están allí como dichosos pájaros que vuelan y cantan para siempre en el aire de la divinidad, el cual los ciñe por todas partes con increíbles placeres. Allí cada uno á porfía, y sin algun trabajo, canta las alabanzas del Criador: «Bendito seas para siempre, ó soberano y dulce Criador nuestro, que tan bueno eres para con nosotros, comunicándonos tan liberalmente tu gloria.» Y recíprocamente bendice Dios con una bendicion perpétua todos sus santos: (1) «Benditas seais para siempre (dice el Señor), mis caras criaturas, que me habeis servido, y que me alabaréis eternamente con eterno amor y con eterno contento.»

AFICIONES Y RESOLUCIONES.

1. Engrandece y alaba esta patria celeste. ¡O, y cuán hermosa eres, mi amada Jerusalem, y cuán bienaventurados son los que te habitan!

2. Reprehende á tu corazon el poco ánimo que ha tenido hasta ahora, como es el haberse apartado del camino desta gloriosa morada. ¿Por qué me he apartado yo tanto de mi soberano bien? ¡Ah miserable de mí, que por estos ligeros placeres sin placer he mil y mil veces dejado estos eternos e infinitos regalos! ¿Qué entendimiento era el mio cuando menospreciaba bienes tan dignos de desear, por deseos tan vanos, caducos y perecederos?

3. Aspira, despues desto, con un vehemente ardor á este tan regalado dia. Pues has sido servido, mi soberano y buen Señor, de enderezar mis pasos en tu santo camino, jamás volveré atrás. Vamos pues, ó alma mia, vamos á este eterno descanso; caminemos á esta bendita tierra que nos está prometida. ¿Qué es lo que hacemos en esta miserable Egipto? Yo me desembarazaré pues de las cosas que me divierten ó apartan deste camino.

Haré tales y tales cosas, que pueden guiarme á él. *Da gracias, ofrece, ruega.*

(1) «Benditas seais, (Edicion original.)

bles tabernáculos. Yo bendigo (o Dios mio) tu misericordia, y acepto la ofrenda que gustas de hacerme.

¡O Jesus, salvador mio! yo acepto tu amor eterno, y consiento en la adquisicion que has hecho para mí de un lugar y casa en esta dichosa Jerusalem, no tanto por ninguna otra cosa, como para amarte y bendecirte para siempre.

2. Recibe los favores que la Virgen y los santos te presentan; promételes que te encaminarás á ellos; alarga la mano á tu buen ángel para que te guie; anima á tu alma á esta eleccion.

CAPITULO XVIII.

Meditacion X. — A manera de eleccion que el alma hace de la vida devota.

PREPARACION.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate delante su cara y pídele su ayuda.

CONSIDERACIONES.

1. Imagina que estás otra vez en una campaña sola con tu buen ángel, y que á tu mano izquierda ves el diablo asentado en un grande y elevado trono, con muchos espíritus infernales cerca de sí, y al rededor dél una gran tropa de mundanos, todos los cuales le reconocen y hacen reverencia. Mira el ademán de todos los infortunados cortesanos deste abominable rey; mira unos furiosos de enojo, de envidia y de cólera; otros que se matan; otros tristes, pensativos y embarazados en adquirir riquezas; otros solo atentos á la vanidad, sin ninguna suerte de placer que no sea inútil y vana; otros perdidos, hediondos y podridos en sus brutales pasiones. ¿No ves cómo todos estos están sin reposo, sin orden y sin concierto? Mira cómo se menosprecian los unos á los otros, y cómo no se aman sino con falsos semblantes. En fin, verás una miserable república, tiranizada deste rey maldito, y tal, que te hará no poca compasion.

2. A tu lado derecho ves á Jesucristo crucificado, que con un amor cordial ruega por estos pobres endemoniados, para que salgan desta tiranía, llamándolos á sí. Mira una gran tropa de devotos que están al rededor dél con sus ángeles; contempla la hermosura deste reino de devocion; cuán agradable es la vista desta tropa de vírgenes, hombres y mujeres, más blancos que (1) la flor de lis; esta junta de viudas, llenas de una sagrada mortificacion y humildad. Mira la compañía de muchas mujeres casadas, que con tanta suavidad viven juntas con un espíritu recíproco, el cual no puede ser sin una grande caridad. Mira cómo estas devotas almas mantienen el cuidado de su casa exterior con cuidado de la interior, el amor del marido con aquel del esposo celeste. Mira generalmente por todo, veráslos á todos en una santa continencia, dulce y amigable, y cómo están todos oyendo á nuestro Señor, deseándole imprimir en medio su corazon.

Alégranse, pero con una alegría graciosa, caritativa y bien reglada; ámanse con un amor sagrado y purísimo. Los que tienen sus deseos en este pueblo devoto, no se atormentan mucho ni pierden punto. En

(1) las azucenas; (C-D. — plus blanche que lys, dice el texto francés; y lis vale azucena, lirio.)

fin, mira los ojos del Salvador que los consuela, y que todos juntos aspiran á él.

3. Si bien tú has dejado á Satanás con su triste y desventurada tropa, por medio de los buenos deseos que has concebido, y con todo eso, no has aun llegado al rey Jesus, ni juntádoté á su dichosa y santa compañía de devotos; antes has siempre estado entre los unos y los otros.

4. La santa Virgen con san Josef, san Francisco, san Luis y otros mil que están en el escuadron de los que han vivido en el mundo, te convidan y animan.

5. El crucificado Rey te llama por tu nombre propio: Vén, ó mi bien amada, vén para que yo te corone.

ELECCION.

1. ¡O mundo abominable! nunca más me verás seguir tu bandera. Ya he dejado para siempre tus vanidades y locuras, ¡o rey de orgullo, rey de desventura, espíritu infernal! Yo te renuncio con todas tus vanas pompas, yo te detesto con todas tus obras.

2. Y convirtiéndome á tí, mi dulce Jesus, rey de bienaventuranza y de gloria eterna, yo te adoro de todo mi corazon, y te escojo, ahora y para siempre, por mi rey y por mi único príncipe: ofreciéndote mi inviolable fidelidad y haciéndote un homenaje irrevocable, sujétome, Señor, á la obediencia de tus santas leyes y preceptos.

3. ¡O santa Virgen, amada Señora mia! yo te escojo por mi guia y me pongo debajo de tu estandarte, ofreciéndote un particular respeto y una especial reverencia.

¡O ángel santo! guíame á esta santa junta y no me desampares hasta que llegue con esta dichosa compañía, con la cual digo y diré para siempre, en testimonio de mi eleccion: ¡Viva Jesus, viva Jesus!

CAPITULO XIX.

Cómo se ha de hacer la confesion general.

Ves ahí, mi querida Filotea, las meditaciones importantes á nuestra intencion. Cuando las hubieres ejercitado, vé luego animosamente y con un espíritu humilde á hacer tu confesion general. Pero ruégote no te dejes inquietar de ninguna suerte de aprehension. El escorpion cuando nos pica es venenoso, pero su mismo aceite es una muy gran medicina contra su misma picadura. El pecado no es vergonzoso sino cuando le cometemos; pero convirtiéndole en confesion y penitencia, es honroso y saludable. La contricion y confesion son tan hermosas y de buen olor, que quitan la fealdad y disipan la hediondez del pecado. Simon el leproso decia que la Madalena era pecadora, pero nuestro Señor dice que no; solo habla de los perfumes que derramó y de la grandeza de su caridad. Si es que somos humildes, Filotea, nuestro pecado nos desagradará mucho, viendo que con él tenemos á Dios ofendido; pero la acusacion de nuestro mismo pecado nos será dulce y agradable, por cuanto en ella nuestro Dios es honrado. No poco descanso es para el enfermo el informar bien al médico del mal que le atormenta. Cuando habrás llegado delante tu padre espiritual, imagina que estás en el monte Calvario, debajo de los piés de Cristo crucificado, cuya sangre preciosa, que por todas partes derrama, es para lavar tus iniquidades; porque aunque no sea esta la propia sangre del

Salvador, es el merecimiento desta sangre derramada: la que rocia y se derrama en abundancia al rededor de los penitentes en los confesionarios por medio de la confesion. Abre pues bien tu corazon para que mejor salgan los pecados, porque á medida de como ellos salieren, los preciosos merecimientos de la pasion divina entrarán á hinchirle de bendicion. Di todo lo que te acusare, no con rodeos, sino simple y desnudamente, contentando y satisfaciendo á tu conciencia, que es á lo que te dispusiste. Hecho esto, escucha los advertimientos y todo aquello que te ordena el siervo de Dios, y di en tu corazon: «Hablad, Señor, que vuestra sierva os escucha.» Sí, es Dios, Filotea, el que escucha, pues dijo el Señor á sus vicarios: «Quien os oye, me oye.» Toma despues entre manos la siguiente protestacion, la cual sirve de conclusion á toda tu contricion. Medítala y considérala bien primero, leyéndola con el mayor sentimiento y atencion que te sea posible.

CAPITULO XX.

Protestacion auténtica para grabar en el alma la resolucion de servir á Dios y concluir los actos de penitencia.

Yo afirmo, constituyo y establezco en la presencia de Dios eterno y de toda la corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indigna y apocada criatura, y que me ha criado de nada, conservado, sustentado, librado de tantos peligros, y colmado de tantos bienes recibidos; y sobre todo, considerando esta incomprendible dulzura y clemencia, con la cual este buen Dios me ha sufrido en mis iniquidades, inspirádome tan á menudo y tan amigablemente, convidándome á la enmienda, esperándome con tanta paciencia á penitencia y arrepentimiento, hasta este N. año de mi edad, no obstante mi ingratitude, deslealtad y infidelidad, por las cuales difiriendo mi conversion y menospreciando sus gracias, le he ofendido con tanta desenvoltura. Despues de haber considerado que en el dia de mi sagrado bautismo fuí tan dichosa y santamente votada y dedicada para ser su hija, y que contra la profesion que entonces fué hecha en mi nombre, he tantas y tantas veces tan desdichada y detestablemente profanado y violado mi espíritu, empleándole y aplicándole contra la Majestad divina; en fin, volviendo ahora en mí, postrada de corazon y de espíritu ante el trono de la Justicia divina, me conozco, tengo y confieso por legítimamente convencida y culpable de la muerte y pasion de Jesucristo, y esto por los pecados que he cometido, por los cuales murió y sufrió el tormento de la cruz; de manera que soy consecutivamente digna de perdicion y condenacion eterna.

Pero volviéndome hácia el trono de la infinita misericordia deste mismo Dios eterno, despues de haber detestado con todo mi corazon y fuerzas las iniquidades de mi pasada vida, invoco y pido humildemente piedad, gracia y perdon, con entera absolucion de mi crimen, en virtud de la muerte y pasion deste mismo salvador de mi alma; en la cual apoyándome, como en el único fundamento de mi esperanza, rehago y renuevo la sacra profesion de la fidelidad, hecha de mi parte á mi Dios en mi bautismo; renunciando al diablo, mundo y carne; detestando sus desdichadas sugestiones, vanidades y concupiscencia por todo el tiempo de mi

vida presente y de toda la eternidad. Y convirtiéndome á mi buen Dios, deseo, propongo, delibero y me determino irrevocablemente servirle y amarle ahora y para siempre, dándole á este fin, dedicándole y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazon con todas sus aficiones, mi cuerpo con todos sus sentidos; protestando de nunca más emplear parte ninguna de mí ser contra su voluntad divina y soberana Majestad: á la cual me sacrifico y ofrezco en espíritu para serle para siempre leal, obediente y fiel criatura, sin que jamás quiera desdecirme ni arrepentirme. Y si por sugestion del enemigo ó por alguna enfermedad humana me sucediese contravenir en algo á esta mi resolucion, desde ahora protesto y propongo, mediante la gracia del Espíritu Santo, levantarme y volver en mí al punto que conozca mi falta, convirtiéndome de nuevo á la misericordia divina, sin tardanza ni dilacion alguna.

Esta es mi voluntad, mi intencion y mi resolucion inviolable y irrevocable, la cual consiento y confirmo sin réplica ni excepcion en la presencia divina de mi Dios, á la vista de la Iglesia triunfante y á la cara de la Iglesia militante, mi madre, que entiende esta mi declaracion en la persona de aquel que como artífice della me escucha en esta accion. Sirvete pues, ó mi buen Dios, eterno, todopoderoso y benigno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, confirmar en mí esta resolucion, y acetar este mi sacrificio cordial y interior, en olor de suavidad; y como has sido servido de darme la inspiracion y voluntad de hacerle, dame tambien gracia y fuerzas necesarias para acabarle. ¡O Dios mio! tú eres mi Dios, Dios de mi corazon, Dios de mi alma, Dios de mi espíritu; y por tal te reconozco y adoro ahora y para siempre. ¡Viva Jesus!

CAPITULO XXI.

Conclusion para esta primera purgacion.

Hecha esta protestacion, oye atenta con todo tu corazon y espíritu la palabra de tu absolucion, la cual el Salvador mismo de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará desde el trono de su Majestad en el cielo, delante todos los ángeles y santos, al mismo tiempo que en su nombre acá abajo te absuelve el sacerdote; y alegrándose toda esta compañía de bienaventurados con tu buena suerte, cantará el canto espiritual con una sinigual alegría, dando todos el beso de paz y amistad á tu corazon, puesto ya en gracia y santificado.

¡O querida Filotea, y cuán admirable es este contrato, por cuyo medio haces un trato dichoso con su divina Majestad; pues dándote á ella, vienes á ganarla y á ganarte, mediante la vida eterna! No falta pues otra cosa sino que tomando la pluma en la mano, firmes con tu corazon el acto de tu protesto, y que despues vayas al altar donde Dios recíprocamente firmará y sellará tu absolucion y la promesa que te hará de su santo reino, poniéndose él mismo por su Sacramento, como una neta y sello sagrado, sobre tu renovado corazon. Desta manera me parece, Filotea, que quedará tu alma purgada del pecado y de todas las aficiones que dél dependen. Mas por cuanto estas aficiones renacen fácilmente en el alma, por causa de nuestra fragilidad y concupiscencia (la cual, aunque mortificada, no puede morir

durante esta mortal vida), te daré avisos; los cuales, bien practicados, te preservarán de pecado mortal, para que nunca más tenga lugar en tu corazón. Y por cuanto los mismos avisos aun sirven para una purificación más perfecta, quiero, antes de dártelos, decirte alguna cosa cerca desta pureza, á la cual deseo conducirte.

CAPITULO XXII.

Que es menester purgarse de las aficiones que se tienen á los pecados veniales.

Cuanto mayor es la luz del día, tanto mejor y más claramente vemos en el espejo los defectos y manchas de nuestro rostro; de la misma manera, cuanto mayor es la luz interior del santo espíritu con que alumbra nuestras conciencias, tanto más clara y distintamente vemos los pecados, inclinaciones y imperfecciones que nos pueden estorbar el conseguir la verdadera devoción. Y la misma luz que nos hace ver estas faltas, nos anima al deseo, para purgarnos y limpiarnos dellas.

Descubrirás pues, amada Filotea, que fuera de los pecados mortales y sus aficiones, de que te has purgado por los ejercicios ya dichos, tienes aun en tu alma muchas inclinaciones y aficiones á los pecados veniales. No digo yo que descubras los pecados veniales, sino la inclinación y afición que les tienes. Lo uno es bien diferente de lo otro, porque realmente no podemos estar del todo limpios de pecados veniales, ó á lo menos para perseverar largo tiempo en esta pureza; mas podemos bien no tenerles ninguna afición. Una cosa es mentir una vez ó dos por alegría de corazón en cosa de poca importancia, y otra cosa es el deleitarse en mentir, y tener afición á esta suerte de pecado.

Digo pues que es menester limpiar el alma de toda la afición que tienes á los pecados veniales, esto es, que no se ha de criar la voluntad de continuar y perseverar en ninguna suerte de pecado venial; porque tambien sería una gran flojedad el querer adrede guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable á Dios, como es la voluntad de quererle desplacer. El pecado venial, por pequeño que sea, desagradable á Dios, aunque no tanto, que por él quiera perdernos ó condenarnos. Y si el pecado venial le desplace, la voluntad y afición que se tiene al pecado venial no es otra cosa sino una resolución de querer desagradar á su divina Majestad. ¿Será pues posible que una alma noble quiera, no solamente desagradar á su Dios, mas deleitarse en desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, son directamente contrarias á la devoción, como las aficiones que se tienen al pecado mortal son tambien contrarias á la caridad; las primeras desmayan las fuerzas del espíritu, estorban las consolaciones divinas, abren la puerta á las tentaciones, y aunque es verdad que no matan el alma, con todo eso la enferman en extremo. Las moscas (dice el Sábio) que mueren en el suave unguento, echan á perder y dañan su suavidad; mas las que de paso comen dél, no dañan sino lo que toman, quedando lo demás libre de alguna ofensa. Así los pecados veniales, cuando llegan á un alma devota, y no se detienen mucho tiempo en ella, no la dañan mucho; mas si estos mismos pecados hacen asiento en el alma por la afición que ella les tiene, harán perder sin du-

da y dañarán la suavidad del unguento; esto es, la santa devoción.

Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan y corrompen su miel, (1) y enredan y rompen los hilos de la tela que hacen, quedando las abejas sin poder continuar en su obra. Así el pecado venial no mata nuestra alma, pero pierde la devoción, y ocupa tanto las potencias del alma con malas costumbres y inclinaciones, que la impide el ejercicio y prontitud de la caridad, en la cual consiste la devoción; pero esto se entiende cuando el pecado venial se junta en nuestra conciencia por la afición que le tenemos. No importa, Filotea, el decir alguna pequeña mentira, desreglarse un poco en las palabras, en acciones, en vestidos, en alegrías, en juegos, en danzas, como al mismo punto que estas arañas espirituales hayan entrado en nuestra conciencia las rechacemos y despedamos della, como hacen las abejas con las arañas corporales. Mas si las permitimos se queden en nuestros corazones, y no solo esto, sino que nos inclinamos á detenerlas y multiplicarlas, presto veremos nuestra miel perdida, y la colmena de nuestra conciencia infectada y deshecha. Y así digo otra vez, ¿en qué razón cabe que un alma noble se deleite en desplacer á su Dios, y se aficione á serle desagradable, y quiera intentar lo que sabe que le es enojoso?

CAPITULO XXIII.

Que se ha de purgar de la afición que se tiene á las cosas inútiles y peligrosas.

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias, en su sustancia, no son de ninguna manera cosas malas antes indiferentes, por cuanto su ejercicio puede ser bueno y malo; con todo eso, todas estas cosas son peligrosas, y el aficionarse á ellas aun más peligroso. Digo pues, Filotea, que aunque se permita el jugar, danzar, adornarse, oír honestas comedias, banquetear, no por eso el tener afición á todo esto deja de ser contra la devoción, y por extremo dañoso y peligroso: no es malo el hacerlo acaso, pero es malo el aficionarse á ello. Lástima es el sembrar en la tierra de nuestros corazones aficiones vanas y locas; esto ocupa el lugar de las buenas impresiones, y estorba que nuestra alma no se emplee en buenas inclinaciones. Así los antiguos nazarenos se abstenerían, no solo de todo aquello que podía causarles embriaguez, sino tambien de las uvas y pámpanos; no porque la uva y el pámpano emborrache, sino por el peligro que había, comiendo el pámpano, de despertar el deseo de comer la uva, y comiendo la uva, de provocar el apetito á beber el mosto y el vino. (2)

Los ciervos, hallándose cargados y repletos del demasiado pasto, se retiran y esconden en sus guaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrían usar de su veloz curso si acaso fuesen embesitados. Así el corazón del hombre, cargándose destas aficiones inútiles, superfluas y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera y fácilmente correr á su

(1) y las embarazan con los hilos de la tela que (dice propiamente el texto francés.)

(2) No digo yo que no se puede usar de estas cosas peligrosas; pero digo y afirmo que jamás podremos en ellas la afición sin arriesgar la devoción. (C-D.)

Dios, que es el verdadero punto de la devoción. Los niños pequeños se aficionan y corren tras las mariposas; cosa que nadie tiene por mala viendo que son niños; pero es cosa ridícula y aun lamentable el ver á hombres ya hechos darse y aficionarse á cosas tan indignas de madurez como las cosas que he nombrado; las cuales, fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desreglarnos y desordenarnos en su alcance.

Por esta razón te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte destas aficiones; que aunque los actos no sean siempre contrarios á la devoción, con todo eso, las aficiones le son siempre dañosas.

CAPITULO XXIV.

Que se ha de purgar de las malas inclinaciones.

Aun tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados, ni mortales ni veniales, mas llámense imperfecciones, y sus actos defectos y faltas. Por ejemplo, santa Paulina, segun recita san Jerónimo, tenía una grande inclinación á las tristezas y melancolías, y en la muerte de sus hijos y marido fué tanta su tristeza y sentimiento, que hubo de morir de pena. Esta era imperfección, y no pecado, por cuanto obra-

ba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones ajenas, otros inclinados á la indignación, otros á la cólera, otros al amor; y en suma, se hallan muy pocas personas en las cuales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque estas sean como propias y naturales á cada uno, si es que por el cuidado y afición contraria se pueden corregir y moderar, tambien se podrán desechar y despedir, y aun es necesario, Filotea, que lo hagas. Si se ha hallado el modo de trocar los almendros amargos en almendros dulces solo con agujeráries el pié, para que por allí salga el humor, ¿por qué no podemos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno, que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco y malo, que por la gracia de Dios primeramente, y despues por la industria y diligencia, no pueda domarse y vencerse. Quiero comenzar pues á darte avisos y proponerte ejercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la afición que á los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas y de las imperfecciones; y así asegurarás de más en más tu conciencia de pecado mortal. Déte Dios la gracia para bien practicarlos.

SEGUNDA PARTE DE LA INTRODUCCION,

LA CUAL CONTIENE DIVERSOS AVISOS PARA LEVANTAR EL ALMA Á DIOS POR LA ORACION Y SACRAMENTOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la necesidad de la oración.

1. La oración pone nuestro entendimiento en la claridad y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste; no hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias, y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones. Es el agua de bendición, que con su rocío hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones, y mata al corazón la sed de sus pasiones.

2. Mas sobre todo te aconsejo la mental y cordial, y particularmente la que se hace á la vida y muerte de nuestro Señor. Mirándole á menudo por medio de la meditación, toda tu alma se llenará dél; aprenderás de su doctrina, y formarás tus acciones al modelo de las suyas; y pues es la luz del mundo, en él, con él y por él hemos de recibir gracia y luz. Es el árbol del deseo, á cuya sombra nos debemos alentar y refrescar. Es la viva fuente de Jacob, donde hemos de lavar todas nuestras manchas. En fin, los niños, á puro oír las madres y gorjear con ellas, aprenden á hablar su lengua; así nosotros, morando con nuestro Salvador por la meditación, y observando sus palabras, sus acciones y sus aficiones, aprendemos, mediante su gracia, á hablar, querer y hacer como él. Esto es bien consideres, Filotea; y créeme, que no podremos ir á Dios Padre sino por esta puerta; porque de la misma

manera que la luna de un espejo no podría detener nuestra vista si no estuviese por detrás cubierta de estaño ó plomo, así tambien la divinidad no podría ser bien contemplada de nosotros en este mundo inferior, si no estuviera junta á la sagrada humanidad del Salvador, cuya vida y muerte son el objeto más proporcionado, saludable, regalado y provechoso de cuantos podemos escoger para nuestra meditación ordinaria. No en balde se llama el Salvador «Pan bajado del cielo»; porque así como el pan se ha de comer con todas suertes de viandas, así el Salvador debe ser meditado, considerado y requerido en todas nuestras oraciones y acciones. Su vida y muerte está dispuesta y distribuida en diversos puntos (para mejor servir á la meditación), por diversos autores. De los que te aconsejo que uses son san Buenaventura, (1) Belintano, Bruno, Capella, Granada, Puente.

3. Emplea cada día una hora antes de comer, si pudieres, y esto luego que te levantes, porque entonces tendrás el espíritu menos embarazado y con más sosiego, por seguir al reposo de la noche. No emplees tampoco más de una hora si tu padre espiritual expresamente no te lo mandare.

4. Si puedes hacer este ejercicio en la iglesia, y hallas en ella bastante sosiego, te será una cosa fácil y cómoda, porque ni padre ni madre, ni mujer ni marido, ni otro alguno te podrá con justa razón estor-

(1) Bellintani, Bruno, Capiglia, (El texto francés.)